

# NEVANDO EN LA GUINEA

Tres erres: resistencia, respeto, rebeldes

AÑO 4. ENERO-MARZO DE 2021

N.º 11.





[www.cuadernodebídaxune.blogspot.com](http://www.cuadernodebídaxune.blogspot.com)

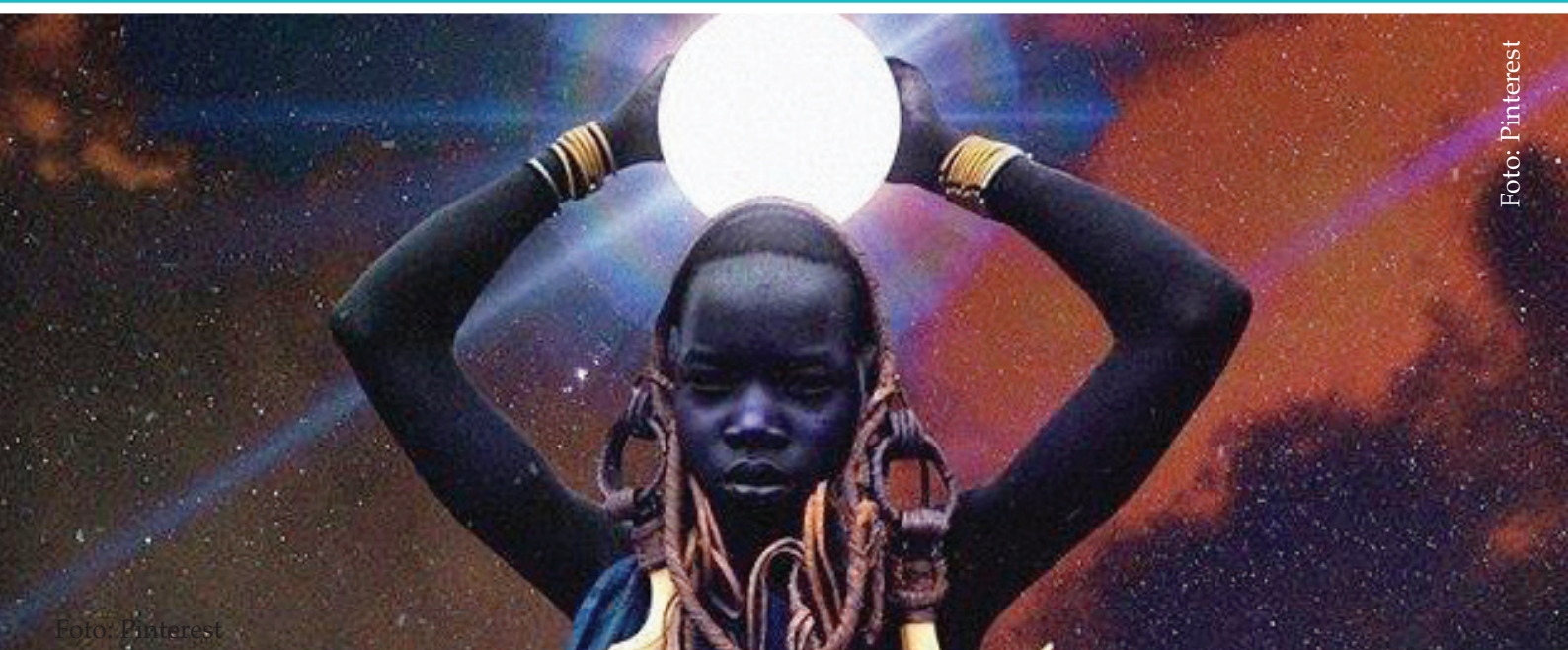
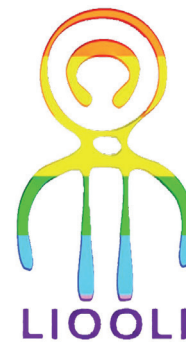


Foto: Pinterest

Foto: Pinterest

[www.lioolimixturas.com](http://www.lioolimixturas.com)  
[www.capplannetta.com](http://www.capplannetta.com)



N.º 11. Año 4  
ENERO-MARZO DE 2021

#### CONSEJO EDITORIAL

Cecilio Olivero Muñoz

Juan A. Herdi

Juliana Mbengono

#### DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

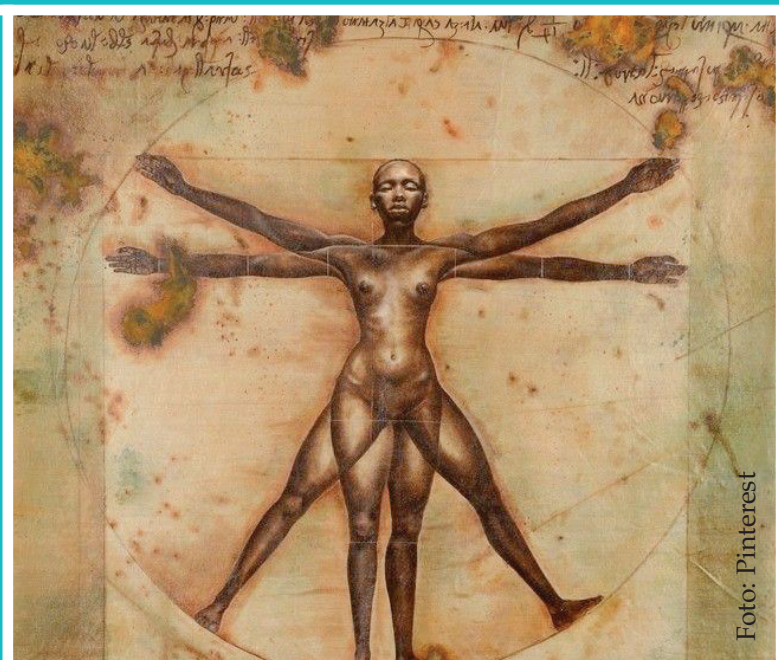
maquetadores.org

#### ILUSTRACIONES


Cecilio Olivero Muñoz

DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona-Malabo.



# EDITORIAL XI



A mediados del pasado noviembre se concedía el Premio Nacional de las Letras al escritor Luis Mateo Díez. Pro-sista excepcional, autor de numerosos cuentos y relatos breves así como de novelas escritas con una prosa precisa y pulcra, ha sabido combinar un estilo realista, no sin cierto tono poético, con una capacidad aguda para retratar en sus historias tanto lo cotidiano como el entorno, todo ello en ese territorio imaginado de Celama donde situó buena parte de sus narraciones. Nacido en 1942, entre 1963 y 1968 publicó poesía en la revista *Claraboya* y en 1973 apareció su primer libro de cuentos, *Memorial de Hierba*, el primero de una larga serie de títulos.

Forma parte, por tanto, de un grupo de escritores que comienzan a publicar en los últimos años de la dictadura o iniciada ya la etapa democrática. En gran medida, son los escritores con los que España entra en una nueva era de normalidad política y social, y que contribuyeron a fomentar una actividad cultural intensa y renovada. Destacan entre ellos José María Merino, Juan Pedro Aparicio o Julio Llamazares, por citar los nacidos en León, como el propio Luis Mateo Díez, y con los que ha mantenido este escritor una estrecha amistad, pero también otros escritores como Juan José Millás, Soledad Puértolas, Manuel Vicent, Adelaida García Morales, Javier Pérez-Reverte o Javier Marías, entre otros muchos.

Muy vinculados a los autores que escribieron en España durante las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta, supieron a su vez aportar a la literatura española del último cuarto del siglo XX una calidad literaria extraordinaria. Pero no sólo eso, sino que estuvieron muy presentes también en la prensa, con artículos de opinión e incluso crónicas que devolvieron la calidad literaria al género periodístico.

No podemos olvidar que en este último cuarto del siglo pasado convivieron los nuevos escritores con bastantes de los autores de los años anteriores, además de volverse a publicar en España, y por tanto pudiéndose recuperar en absoluta libertad, las obras de la literatura del exilio.

También pudo publicarse ya con absoluta normalidad en las otras lenguas del Estado, surgiendo también una buena literatura en las mismas. Si tenemos en cuenta la fortaleza de otras artes, como el cine, en esos años, hablamos de un momento de fortalecimiento de la vida cultural, ya sin censuras ni intromisiones ajenas a la cultura. Este premio nos recuerda por tanto esa etapa iniciada hace poco más de cuarenta años y del que somos en gran medida herederos. Resulta además muy oportuno cuando las circunstancias actuales de la pandemia, pero también una política educativa que limita las humanidades, reflejando una mentalidad poco propicia hacia las letras, ponen en peligro la actividad cultural en nuestra sociedad.

Coincide este premio a Luis Mateo Díez con la muerte acaecida unos días antes de Javier M. Reverte, periodista y escritor, quien inició su carrera literaria con *La aventura de Ulises* en 1973, siendo uno de los autores más destacados de este periodo. Resaltó por sus libros de viaje, un género entre la crónica periodística y la observación literaria, que no oculta sin embargo una obra narrativa también encomiable.

Sin duda, homenajear a Luis Mateo Díez y recordar a Javier M. Reverte es ahora mismo la mejor invitación a la lectura de todos estos autores que mantienen bien alto el nivel de la literatura española actual.

También hemos tenido la grata sorpresa de que le han concedido el premio Miguel Cervantes 2020 al poeta y académico de la Real Academia de la Lengua Española a Francisco Brines, un poeta de la generación del 50, que también ha sido premiado con el premio Nacional de las Letras Españolas y el premio Reina Sofía de poesía iberoamericana. Francisco Brines Bañó es un poeta nacido en Oliva el 22 de Enero de 1932 y es un poeta cuya lectura recomendamos, ya dejando atrás que ha sido premiado con el Cervantes, sino por la calidad de sus textos con compromiso y haciendo énfasis en la poesía de la experiencia, lean a Francisco Brines.

## DEL AMOR SOY MENDIGO

Tengo al suspirar un norte helado  
que me decreta sol de precariedad,  
y tempestad con bajísimo grado,  
busco en las mentiras un cacho de pan  
y para la verdad no estoy preparado,  
miénteme, miénteme un poco más...  
mira qué tarde es y aún no probé bocado,  
me comí el postre antes de almorzar,  
y la merienda la hago medio tumbado,  
quisiera a la gente darle su libertad  
pero la mía aún no se ha inventado,  
el amor no puede ser más verdad  
como darlo todo y pagarlo al contado.  
¡Quién te ha visto y quién te ve!  
Me dicen quien conoce de mi pasado,  
lo que les ocurre que no me vieron bien,  
les digo mientras me largo resignado,  
me pierdo a solas en este vaivén,  
me retuerzo de soledad domesticado,  
he perdido cien veces mi tren  
pues lloro silencios a grito pelado,  
*Non, je ne regrette rien*  
me canto cuando ando aterciopelado,  
nadie tiene la culpa del Amén  
que como un canario sigue mi paso,  
detente ante este retén  
que no te da alegría ni te hace caso,  
las palabras van apretadas en un corsé  
te amaré en momento graso  
todo engorda sin saber porqué.



## NAVIDADES CONFINADAS

Lo dijeron las autoridades, estado de alarma en todo el país hasta nuevo aviso. Era diciembre y se aproximaba la Navidad. Muchas personas la vivirían ese año confinadas en sus casas. A Capplannetta le tocó pasar la Navidad solo en su casa, aunque vino su padre con mascarilla y guantes de látex a traerle víveres, tabaco y agua mineral anticipándose a la Navidad, pues se veía venir desde el verano que peligraba. Sin duda todo sería diferente, era el segundo confinamiento, y no es que algunas personas fueran agoreras, pero esto se veía venir. Era parte de lo que un amigo de Capplannetta llamaba “distopía”. Capplannetta estaba acostumbrado a pasar largas temporadas sin salir, el número de infectados iba aumentando y las urgencias y las unidades de cuidados intensivos (UCI) estaban colapsadas. Se fue al carajo el consumismo de las fechas, las calles quedaban vacías, parecía una ciudad fantasma, el turismo estaba cancelado, ya que las autoridades habían cerrado el país y el tráfico aéreo sólo era acti-

vo en circunstancias médicas. Llegó el día de Nochebuena y había mucha gente sola, Capplannetta estaba con su miedo particular, aunque se sentía tan solo, que se armó de valor y con un cirio encendido salió al balcón y comenzó a cantar Noche de Paz, entonó las primeras estrofas del villancico: *-Noche de paz, Noche de amor...* y cuál fue su sorpresa cuando empezaron a salir gente a sus balcones, de la misma guisa, con un cirio encendido y cantando el Noche de Paz, salieron payos, gitanos, cristianos, musulmanes, africanos y asiáticos, todos a la vez entonaban el villancico. Capplannetta desde entonces ganó popularidad en el barrio donde residía. Con el tiempo el estado de alarma terminó y la gente salía de sus casas a comprar y hacer sus quehaceres. Capplannetta salió para comprar en el estanco y su sorpresa grande fue de que gracias al hecho de haber tomado la iniciativa en Nochebuena y salir con el cirio al balcón la gente lo saludaba. Lo saludaban en todo el barrio, su valentía lo había hecho querido.

Por Teresa Palazzo Conti

# EL POEMA

Me abarca  
como halo de luz en las tinieblas;  
entre el ayer y la noche,  
desde la tarde y el ascensor,  
sobre la cama y los perfumes del toilette;  
con las palabras a flor de labio,  
a ras de cicatrices.

Y yo guardo cataclismos  
donde llueven imágenes en viejas curvaturas,  
donde caigo turbada de intenciones;  
sin ropa,  
con ungüentos y rouge,  
con tinta firme en la desnudez enarbolada sobre el vacío.

Muerde sensual todas las posibilidades  
en la preñez de verbos desterrados,  
en la traición  
que me obliga a tocarlo de nuevo.

Y tiembla la rosa,  
y un tigre adulator ensaya una letra más para convencerme,  
para marearme con símbolos,  
para que no me vaya y lo abandone;  
para habitarme en su lujuria.

Entonces me devora  
y muero lentamente;  
empapada de estrenos escribo un verso más,  
y lo alimento.



# CONTENIDO

<b>RESEÑAS</b> / Absolución. Rafael Berrio .....	9
<b>RELATO</b> / El beso de Mamiwata. Juliana Mbengono.....	10
<b>RELATO</b> / 1951. Juan A. Herdi .....	14
<b>POESÍA</b> / En este tiempo extraño. Manuel Lacarta / Poetas y Políticos /	
Es una gota de rocío. Bertha Caridad .....	17
<b>POESÍA</b> / Lo divino... Bertha Caridad.....	18
<b>MICRORELATOS</b> / Pesadillas recurrentes. Arrate Delgado / Anhelos. Eleine Etxarte /	
Sola en el cenote. José Luis Rengel / Una vista a Rihonor de Castilla/rio de Onor	
de Portugal. M. <sup>a</sup> Luz de Francisco.....	18





Por JAH

RAFAEL BERRIO

Absolución

Colección La Veleta  
Editorial Comares, 2020

El pasado 31 de marzo moría Rafael Berrio. Desde los años ochenta formó parte de ese movimiento conocido como *Donosti Sound* que reunía a un buen grupo de músicos y de grupos que hicieron de San Sebastián uno de los polos musicales del Estado Español, a la par de la movida madrileña y de los años que la siguieron, una época en la que predominó la denominada música *indie*, entre el rock y el pop. De hecho, muchos de los músicos donostiarras pasaron por la capital española, en una conexión estrecha que unió a ambas ciudades. Rafael Berrio, aunque en aquel momento no alcanzó la repercusión de estos últimos años, actuó también en Madrid con el mítico *Poch*, Ignacio María Gasca Ajuria, también donostiarra, y fundaría en la capital guipuzcoana grupos como *UHF*, *Amor a Traición* o *Deriva*. Fue logrando un público cada más interesado por su música, sus letras y por esa voz suya de un tono tan característico

A partir del 2010 comienza a cantar en solitario o en compañía de otros solistas y edita el disco 1971, que contiene una de sus canciones más hermosas, *Simulacro*. De allí hasta *Niño Futuro*, su último disco de 2019. Las letras de sus canciones llamaron y llaman la atención, por su acidez, su lirismo y por una belleza poética intensa, profunda. Sin duda *Dadme la vida que amo*, de este último disco, es una de las letras más bellas de entre to-

das las suyas y que ahora mismo se pueden escuchar, pero también leer.

Y se pueden leer porque, además de letras, es pura poesía. Tuvo el cantante el proyecto de publicar parte de todas estas canciones, pero no pudo verlo en vida. La editorial granadina Comares nos ofrece ahora su lectura en un volumen aparecido en este último trimestre del año y que se presentó en el Centro Internacional de Cultura Contemporáneo Tabakalera de San Sebastián el pasado 31 de octubre, siete meses después de su muerte, acto que se convirtió en un homenaje al músico y en el que se presentaron también sus últimas canciones.

De este modo, con *Absolución*, podemos acercarnos de otra manera a Rafael Berrio, ahora con la posibilidad de una lectura sosegada e intensa de unos poemas que también los podemos seguir escuchando en la voz del cantante. Para quien no conozca al autor, es recomendable que lo vaya leyendo y los escuche de inmediato como canción, en una alternancia que, sin duda, aumentará el embeleso de sus letras. Se trata de unos textos que no dejan indiferentes, que remueven a quien las escucha, de una belleza y una profundidad portentosas. Es inevitable que reivindicemos a Rafael Berrio como uno de los mejores autores de nuestro tiempo.



Por Juliana Mbengono

# El beso de Mamiwata



Foto: Pinterest

El clima de Malabo es impredecible en ocasiones. Parecía que el sol iba a derretir cabezas y de repente el cielo arrojó un diluvio sobre la ciudad. Un grupo de niños salió corriendo con hojas de malanga sobre la cabeza.

Corrió a su cuarto huyendo de su reflejo en las celosías. Su pelo lacio de caoba se veía aún más pobre mojado. Odiaba verse así, por eso había dejado las piscinas, las playas y las excursiones al río.

Al entrar en su cuarto, no pudo evitar mirar al cielo raso. Se dejó caer sobre la cama con la ropa mojada. Deseaba quedarse dormida, pero no podía dejar de hurgar dentro de su cabeza buscando lo que le faltaba a ella.

“Será que soy demasiado orgullosa”. Susurró mientras abrazaba al peluche de delfín que usaba como almohada. Intentaba convencerse de que sólo eran ideas suyas. No había razones para desesperarse, tan sólo faltaban tres meses para que cumpliera veintidós; pero ahí estaban las fotos del bebé con melena que su ex acababa de tener con una niña de diecinueve. Se arrepintió por haberlas visto. Después de un año de relación a escondidas y dos de separación a petición de ella, seguía esperando a Kevin. Ahora estaba claro que él había decidido no volver. El bebé era un punto final a cualquier cosa inconclusa que hubiese entre ellos.





Quiso consolarse otra vez con la idea de que él era un cerdo machista, insensible e incapaz de amar. Y de repente, los focos de su memoria iluminaron las fotografías que intentaba ocultar en su cabeza. Ahí estaban: Kevin y Yanira acaramelados en la cama de un hospital con un recién nacido. Su corazón se hacía trizas y volvía a preguntarse por qué nunca pudo merecerse tanto amor.

“Tengo que ponerme en forma, pero Estela es más plana que una china y..., bueno, tampoco es que Lauro sea el tipo de novio que me gustaría tener, pero...”, sintió cómo el colchón absorbía el agua de su cuerpo dejando su pena intacta.

Consideró la opción de unirse a las chicas solicitadas. Ellas parecían tener más poder y dominio sobre sus sentimientos y además, estaban encantadas de ser la pesadilla de muchas señoras; sobre todo.

Sobre los quince certificados obtenidos en diferentes cursos online gratuitos, estaba la quincuagésima instancia en la que exponía su necesidad, suplicaba empleo y deseaba una larga vida protegida por Dios para aquel que la contratara. Junto a la instancia, una fotografía tamaño carné, una póliza de quinientos francos y un curriculum vitae con nuevas experiencias laborales.

Después de otros dos años, había concluido que necesitaba un milagro en su vida. “Eso es cosa de dioses”. Se dijo a sí misma levantándose de la cama. “Si le pido a Dios todo-poderoso que me de la belleza para atraer a cualquier hombre, no creo que me haga caso. Es más, puede que le ofenda...”.

Al final decidió acudir a un nguengang, un brujo que resolvería su vida a través del rito del menganga.

“Lo que haré contigo para que puedas hablar con tu difunta abuela, responsable de tu fracaso, será... Normalmente, no le doy eboka a la gente de esa forma, es algo que requiere preparación, pero tú eres muy fuerte. Lo veo en tu espíritu”. El viejo de la choza dibujó varias cruces con talco por todas partes y extendió varias sábanas blancas en el suelo. No había vuelta atrás. Maica se tumbó sobre una sábana con las hojas de eboka en la boca. Lo último que

escuchó fue la voz del nguengang explicando lo que ella debería hacer en el mundo de los muertos. La idea no la convencía.

Empezaba a escuchar las voces de un corro de mujeres cantando y dando palmadas a su alrededor. Poco a poco, las voces se volvían lejanas y la voz del nguengang difusa: “Vas a recorrer toda la ciudad hasta la playa de Ela Nguema. Cuando llegues a la playa te sumergirás sin cerrar los ojos. Deja que el agua te cubra para que el hechizo tenga un poder tan fuerte como las aguas del mar. Cuando salgas del agua, encontraras a Mamiwata en la orilla, no la temas. No la hagas ver que tienes miedo. Ella te dará lo que estás buscando...”. Recordó a su abuela diciendo que el nombre “Mamiwata” no se pronuncia por las noches si no quieres que demonia de las aguas aparezca en tu cama a media noche. A su espíritu se le puso la piel de gallina.

Al llegar a la plaza de Elá Nguema, todo empezó a emborronarse. La manzana de Cine Mar se transformó en un pueblito de gente indiferente y desaliñada; algunos andaban con la mirada vaga. Maica tuvo la impresión de que muchos estaban atrapados en ese mundo en contra de su voluntad. Era un mundo de pesadilla que de vez en cuando volvía a ser el mismo que ella conocía, solo así podía seguir su curso hacía la playa. La capilla San Fernando de Ela Nguema era un abaha, y bajo él estaban unos viejos de rostros difusos jugando al akong. Se preguntó si en el mundo de los muertos también había problemas. “El abaha está para discutir y resolver problemas... quizás en este sólo se juega al akong”, dijo mientras seguía esperando con nervios a que hubiese un poco de claridad para seguir con su camino. En Kolowata, que no se alteró, un grupo de jóvenes guerreaba sin descanso, no había abatidos.

No dio crédito cuando llegó a la playa, solitaria y fría como nunca se la había imaginado. Se quedó paralizada de miedo. “¿No será que este hombre me está utilizando para otros fines personales? ¿Estoy en el mundo de los muertos o es el eboka?”.

Mientras el mar besaba los dedos de sus pies, escuchó el sonido de algo que se arrastraba

ligeramente sobre la arena de la playa. Los escalofríos sobre su piel espiritual se multiplicaban y el frío se hacía más intenso a medida que aumentaba el olor a pescado.

Ahí estaba ella maullando como un gato, con una enorme cola negra de serpiente. No pudo contener la orina. Recordó las palabras del brujo con el llanto estancado en la garganta.

La bruja despiadada, dueña de las aguas, dueña de perlas y piedras preciosas, capaz de vomitar dinero y cumplir deseos; estaba frente a ella mirándola a los ojos, dando vueltas alrededor sin emitir otro sonido que no fuese el maullido de un gato. Maica siempre había pensado en Mamiwata como una hermosa mujer con cola de pez y pechos firmes, pero lo que tenía ante ella era un monstruo con la máscara de una chica preciosa.

La diosa de las aguas y los deseos se levantó sobre su enorme cola de serpiente, se quedó mirándola fijamente con sus ojos de gato. Maica empezó a sentir un leve dolor en la entrepierna acompañado de golpes violentos. El bicho con cola de serpiente acarició su pelo lacio con sus dedos de lagarto y, poco a poco fue acercando su rostro al suyo. Cerró los ojos tragándose el llanto.

Pasados unos minutos, los maullidos de la bruja de las aguas habían cesado. Sólo volvía a escuchar el bullicio de las olas y el viento. Se quedó dudando, quizás ya no hacía falta sumergirse.

No fue capaz de preguntar cómo se había hecho las heridas que le producían un leve sangrado en la vagina, la sábana blanca estaba manchada con su sangre. Tampoco estaba segura de que el curandero hubiera cumplido con su parte del trato, pero le pagó los cincuenta mil francos acordados.

Pasaron los días y se sentía más valiente al tratar a los hombres. Confirmaba el poder del hechizo cada vez que un amante la manejaba

en la cama como una bestia poseída. No la gustaba tanto. Para ella, el amor no tenía que implicar dolor, ni lo que deseaba era cambiar de hombre cada noche. Pero se había vuelto incapaz de dormir sola. Sentía la presencia de Mamiwata en su cama. No hacía falta que mencionara su nombre, su olor estaba presente en todo momento.

Cuando venía con un hombre que iba a pasar la noche con ella. La sombra de Mamiwata se arrastraba por las paredes hasta desaparecer. También podía intuir que un hombre se marcharía después de hacer el amor; fueron varias las ocasiones en las que vio a la

reina de las aguas quedarse al lado de la cama mientras ella soportaba los vaivenes del amante de turno con orgasmos mal fingidos. Al irse el hombre, Maica la veía deslizarse sobre su cama. La poseía con más cariño que él y ni las escamas de su cola raspaban su piel delicada.

“Si es verdad que Mamiwata vomita dinero y riquezas para los hombres que acuden a ella, no es justo que yo me pase las noches con ella en vano”, pensó mientras vomitaba en el baño.

Durante las tres últimas semanas, se había sentido demasiado débil. Creyó que la bruja la estaba consumiendo de alguna manera y quiso ir a exigirle explicaciones al nguengang, pero éste se había mudado.

Poco a poco su salud se iba empeorando y no encontraba el lugar ni la valentía para confesar que era la amante de un demonio.

Cada vez que el médico la mandaba hacerse unos análisis u otros, suspiraba profundamente y tragaba saliva. Decirle que nada tenía algo que ver con alguna ETS habría complicado las cosas. No podía confiar en el resultado. Quiso una segunda opinión.

Salió de la clínica privada huyendo de nadie y lloró como no recordaba haber llorado desde que su hermano pequeño fuera atropellado por un camión de gravilla.



Foto: Pinterest



Varias imágenes aparecían con demasiada claridad en su cabeza mientras lloraba tras la puerta. Frente a ella estaba la reina de las aguas con su horrenda sonrisa. En sus ojos transparentes y brillantes podía ver a Kevin y a Yanira con su bebé, a su hermano con las entrañas esparcidas sobre el asfalto, su abuela diciendo que ella nunca encontraría el amor mientras mastica tabaco, su mejor amiga rompiendo con ella, el nguengang ofreciéndole las hojas de eboka...

Alguien comentó en la escuela que la infusión de hibisco servía para abortar. “¿Acaso el engendro de un demonio podría ser abortado con una simple planta?”. Dejó que la infusión de hibisco corriera por el lavabo.

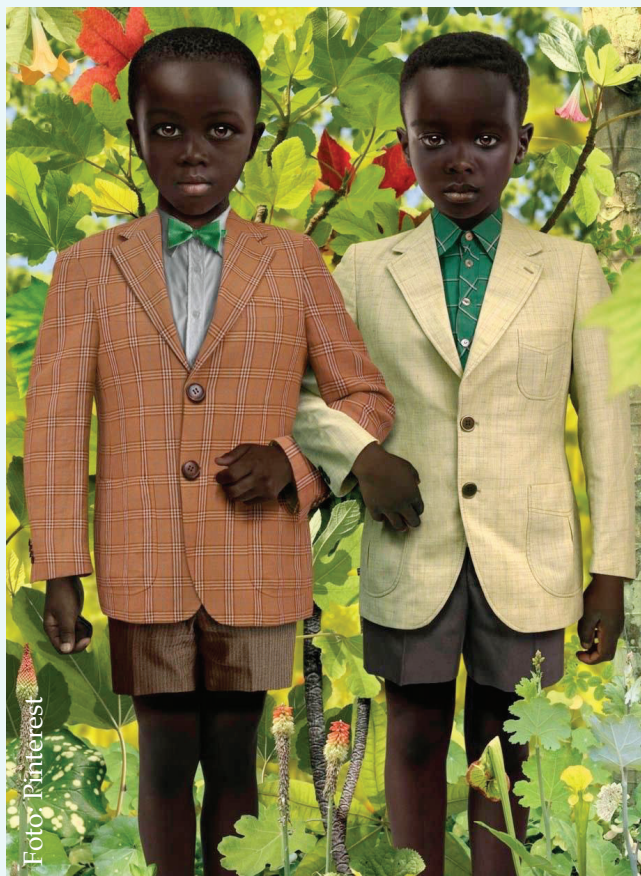
Permaneció ida durante los diez meses que duró su embarazo hasta que su madre decidió llevarla a una curandera reputada.

Sentada sobre una roca, los pies sumergidos en el río y un gallo sobre la cabeza; contra la voluntad de los hombres, que en su privilegiado tramo del río se realizaba la purificación; y contra la voluntad de Mamiwata, que amenazaba mostrando sus dientes de aguja, Maica fue soltando todo el dolor que llevaba por dentro. Sintió que se le partía la espalda cuando el gallo saltó sobre su cabeza.

“Es hermoso ¿por qué no le llamas Junior?”. Dijo su madre con el niño recién nacido en brazos. “Yo no le quiero. No se va a llamar como mi hermanito”, dijo por dentro convencida de que estaba hablando en voz alta.

No constaba en ningún documento que ella hubiese dado a luz a un niño vivo y tampoco sería la primera vez que se encontraba a un recién nacido en las orillas del río Cónsul. Pasó el resto de la noche bajo una marquesina. “Me lo merezco por ser tan mala”, se decía cada vez que la brisa silbaba y traía frío. La presencia de Mamiwata siempre era precedida por el frío, la brisa que silbaba y el olor a pescado.

Los niños uniformados huían de ella, incluso uno llegó a llamarla mamá Lili; y ella, como una loca de verdad, corrió tras él. Se sorprendió a sí misma siendo la atención de un numeroso grupo de personas. Se alejó de aquel escenario. Durante su trayectoria, notó que la



gente la esquivaba y no pudo evitar gritar y estallar en llanto en más de una ocasión.

Cayó desalentada bajo la sombra de un popó mango. Ahí se quedó mirando a los viandantes caminar con prisas bajo sol. A sus pies había un bocadillo y una botellita de agua. No supo cuándo ni quién los había dejado, pero los tomó y al cabo de unos minutos se sintió con fuerzas para continuar su camino. Recordó que Donato, el chico del tiempo, había anunciado que llovería. “Periodistas de mierda”, gruñó mientras cortaba un trozo de cartón para hacer sombra.

Faltaban dos calles para llegar a su casa cuando empezó a llover a cántaros. Dejó el trozo de cartón y corrió descalza con la cabeza agachada.

La soledad le dio la bienvenida al abrir. Corrió directo a su cuarto. No quería encontrarse con su madre ni darle explicaciones. Llevaba unos meses cuidando de ella y eso hacía que se sienta peor.

Abrió la puerta del cuarto. No olía a pescado. Se tumbó sobre la cama con la ropa mojada, se puso de lado para no toparse otra vez con la mirada de la sombra furiosa en el cielo raso.



# 1951

Con el cambio de siglo usted y yo decidimos dar un salto en el tiempo y trasladarnos cincuenta años atrás, a 1951. Era primero de enero cuando lo hablamos, paseábamos no sin cierto tedio por Portugalete, hacía frío y las horas parecían haberse detenido, dándonos un respiro antes de que el mundo recobrara su ritmo habitual, tan poco grato. Llevábamos tiempo rememorando aquella época, leyendo sus libros, escuchando su música, volviendo a ver las películas de entonces. Resultó inevitable la decisión: íbamos a vivir como si estuviéramos en aquel año.

Eso suponía que a partir de ese momento nos fuéramos a tratar de usted, sin que ello significase distancia ni frialdad entre nosotros. Abandonaríamos algunas vestimentas impuestas por el sesentayochismo, los pantalones vaqueros por ejemplo, y adquiriríamos algunos hábitos nuevos, aunque añejos, como ir al boxeo, escuchar jazz, no leer ninguna novela o poemario posterior a aquel año, asumir cierto tono existencialista en nuestros gestos, acudir a cafés silenciosos y melancólicos, aun cuando quedaran ya pocos, leer mucha prensa, evitar los antros posmodernos, tratar los temas relativos a la incipiente guerra fría, interesarnos por el neomarxismo. Es lo que habíamos acordado y lo cumpliríamos con perseverancia y no poca terquedad, hasta el punto de acabar por creernos que el presente era el sueño.

Claro que no sería nada fácil lograrlo plenamente, nos rodeaban los nuevos tiempos, un verdadero aluvión de nuevas tecnologías que en aquel primer año de la década de los cincuenta aparecían más bien como frutos de la ciencia ficción, apenas un mero anhelo en las cabezas de algunos científicos y de no pocos escritores. El mundo había cambiado mucho, al menos de fachada, y desde luego se parecía muy poco a 1951, al menos en lo externo.

Pero allí donde la vista nos impedía vivir con plenitud en aquel año, tendríamos la imaginación para suplir tales carencias. Así que nosotros nos citaríamos en Bilbao en el café Gayarre, el habitual, a veces en el Lion d'Or cuando dispusiéramos de posibles, y aunque hacía ya tiempo que dichos establecimientos habían cerrado, para nosotros seguirían abiertos y en ellos hablaríamos sobre todo de novelas o de poesía. Nos impactaría, seis años después de su aparición, *Nada*, de Carmen Laforet y yo le dejaría a usted *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, recién aparecida aquel año y escrita por uno de los hijos de Sánchez Mazas, una verdadera genialidad, le comentaría al entregarle el libro. Usted, por su parte, me hablaría de teatro, su verdadera pasión. Nunca me lo dijo de manera explícita, pero yo sabía que le hubiera gustado ser actor, aunque nunca tuvo valor para intentarlo siquiera, impresionado todavía, dos años después de haberse estrenado si asumíamos el nuevo tiempo, por la representación de *Historia de una escalera*, de aquel escritor que había compartido celda con Miguel Hernández, qué trágica nuestra historia, repetiríamos a partir de entonces cuando rememorásemos a Buero Vallejo.

Para nuestros conocidos aquello iba a ser un mero juego un tanto excéntrico, erudito tal vez: poníamos a prueba nuestros conocimientos de aquel año. Demasiada literatura, solían decirnos en broma. Para nosotros, por el contrario, mientras lo hablábamos, sentíamos que todo aquello era algo serio, un intento real de escapar a ese presente tan desolador. No nos gusta esta época, a menudo lo comentábamos, incisivos, fatalistas, este fin de la historia que nos no llevará a ningún sitio, aseveramos pomposos, un tanto histriónicos.

Claro que la década de los cincuenta, intuimos, fue la del final de las ilusiones y en cierto modo







del comienzo de esa posmodernidad que tanto detestábamos, aun cuando no eran pocos los que intentaron ondear la fuerza ilusionante de la voluntad, regresar al surrealismo y al afán revolucionario anterior a aquella segunda guerra mundial que en realidad había empezado en la guerra civil española. Las repeticiones en la historia nunca funcionaban más que como farsas miserables, tal como había afirmado Marx, y no cabía esperar nada, el capitalismo se aposentaba y el estalinismo cerraba las puertas a creer que el socialismo era posible, y en España, mientras tanto, se imponía una rutina que parecía contener toda la mediocridad posible y un aburrimiento impío del que no nos libraban ni los primeros guateques a los que íbamos. Tal vez en

este punto nos contradecíamos al tomar aquella decisión que pretendíamos ilusionante.

No obstante, lo intentamos y usted acabó asumiendo en cierto modo el papel de su propio padre, que lloraría en aquella otra época a la que íbamos a renunciar la muerte de Franco con verdadera desolación. Estuve seguro de que se me presentaría usted algún día como falangista decepcionado que ocultaba, no le quedaba otra, sus simpatías por Hedilla y seguía con cierto escepticismo la evolución de Ridruejo. Sería a todas luces un intento por su parte de matar al padre echando pestes del Caudillo y su utilización, la calificaría como mezquina, de los ideales primigenios. Por mi parte, mantuve en ese nuevo tiempo el interés por la heterodoxia marxista,



Foto: Pinterest



ocultada tanto por la historiografía oficial como por la del Partido Comunista, y procuraría mantenerme al tanto de las nuevas corrientes críticas y también por un nuevo cristianismo que comenzaba a tender de nuevo a nuevas ideas y actitudes. Seguiríamos angustiado en todo caso por esa cotidianidad sin sentido que nos envolvía y apabullaba.

Paseamos aquel primero de enero a orillas de la ría mientras comentábamos hechos de aquel primer año de la década y fingíamos prever otros. El neorrealismo italiano llegaría a España y al menos nos plantearíamos el realismo como técnica para reflejar la vida con palabras. O con imágenes, que además del teatro usted comenzaba también a encandilarse por el cinematógrafo. No pocas veces, cuando viniera usted a verme a Portugalete, nos encerraríamos en el cine Rex, en el Java o en el Mar, sesión continua con una sola entrada los sábados por la tarde, justo antes del estreno en la sesión nocturna, y con ello se nos presentaría la posibilidad de olvidar lo que dejábamos fuera.

Aquel primero de enero en Portugalete, como solía ser habitual cuando lucía el sol, el sol de invierno, contemplamos el mar. Había venido usted en tren. Hacía poco más de cinco años que había metro, pero nosotros apenas lo tomaríamos

en aquel cambio de época, no existía ni siquiera como proyecto. Teníamos la opción del autobús, que se movía por la vieja carretera a Bilbao que también bordeaba la ría y donde faltaban los Altos Hornos, el humo, los muros ennegrecidos.

Le noté no obstante ensimismado, un tanto melancólico. Qué le pasa, le pregunté. No me contestó de inmediato, sino que contempló el Puente Colgante, que se imponía con la rudeza del hierro bajo un cielo azul inmenso, aunque invernal. — No hay sentido tampoco en este año 1951.

Pensé en lo que ya teníamos y estaba por venir los próximos años: el jazz, tantas y tan maravillosas películas del cine mundial, la generación literario de los 50, los debates del marxismo, los laberintos de Borges, el Concilio Vaticano II, los novísimos, Julio Cortázar, la carrera nuclear, el proceso descolonizador, los Beatles.

Seguimos andando hacia el abra, en silencio, desolados por lo que usted acababa de decir, por lo que se nos venía encima, como si sólo fuera posible el gesto angustioso que Munch había logrado reflejar en aquel cuadro que yo había contemplado en Madrid y del que me hubiera gustado apoderarme. No pude menos que discrepar con usted, sin duda para mí tenía todo el sentido, yo sería feliz en 1951, cuando ni siquiera había nacido y todo era posible.





Por Manuel Lacarta

## En este tiempo extraño

En este tiempo extraño donde ingravidas  
tormentas suburbios sin luz  
en el alma acurrucados desposeídos de todo  
indiferentes sombras indiferentes nidos  
indiferentes lechos  
bañados en sangre inoperante olvido  
inoperante círculo  
donde volver a ti  
a través del aliento  
sobre tus brazos de piedra donde volver a ti  
en este tiempo extraño inclinado sobre el  
vértice de una locura imposible porque  
imposible olvido imposible nube tarde  
cuando llega el sueño imposible amarte dónde  
potenciar al máximo  
el pretexto absurdo  
de ser cantor de un pueblo  
o militante voz  
de auditorios clandestinos  
de círculos cerrados  
cárceles cerradas  
labios cerrados  
sobre la noble espuma  
sobre la insípida saliva  
con el beso herido  
con el beso del caracol  
sobre la frente herido  
en este magma incandescente de abrazo pegajoso  
clavando las uñas  
en tu cuerpo en tu carne  
de esperma contenido  
por no gritar ya no gritar  
que a mí también me duele  
tu soledad de horizonte solo  
y tanto campo tanta tarde tanto sueño  
desesperado sobre el cráter de un volcán

(Encarcelado en el silencio, 1978/2011)

## Poetas y Políticos

Poetas son los que hay, y nunca sobran  
son todos cuantos son y siempre faltan.  
Políticos hay más y todos cobran,  
de alegrías sin mas contentos saltan.

Poetas son los que hay y algunos lloran,  
pues sus musas a veces les asaltan.  
Políticos los hay y más que afloran,  
pues por estar razones no les faltan.

Yo expongo lo que observo sin reparos,  
que los que son molestos son dejados,  
por los que afloran más, los descarados.

Y expongo en estos versos desamparos,  
de quienes por sus versos son vejados  
por "públicos poderes", marginados.

16/8/20 j.ll.folch

Por Bertha Caridad

## Es una gota de rocío

Es una gota de rocío  
En el pétalo de una rosa  
Suave brisa la desliza y  
Al caer salpica en el tallo  
A algunas hojas.  
Es ternura que en la hoja  
De el tallo y la bella rosa  
Llega también a la tierra  
Y de humedad a ella reboza  
Es alimento a la raíz  
Que hoy te regala esa rosa.  
Alguien, quizás... despreocupado  
Daño al tronco... y algunas hojas,  
A la zaga otros sensibles al respirar  
Tan dulce aroma, agradecen a  
La vida... ¡el milagro de las rosas...!

## Lo divino...

...está en la claridad de tus ojos, en esa esperanza que deposité en ellos... en tus sueños, que fueron también los míos...

Lo divino...

...está en los bordados con fino hilo de oro... atado a tus manos fuertes... sin darte cuenta... le di la forma que quise... entre mis delicados dedos, cuidando fuera curioso también... el reverso...

Lo divino...

...fue la primavera de nuestro amor, sin manchas, sin culpas en las noches de locura... deseosos porque se detuviera el... imperdonable tiempo...

Lo divino...

...fue estar a tu lado, no me arrepiento. Pasó pasó... ¡aunque no queríamos...! El... inexorable tiempo... aquí estamos, ahora en nuestro otoño, abrigados, esperando... que llegue el invierno...

Lo divino...

...son nuestros hijos, nietos, los mejores momentos... ¿nuestro equipaje...?

Lo divino...

¡Son los recuerdos...!



## Pesadillas recurrentes

Por Arrate Delgado

La casa huele a muebles viejos, a ruinas y a humedades. Le gustaría salir afuera a jugar, pero hace demasiado calor, y no es como si conociera a otros niños. No lo suficiente. Los que le conocen de vista se mofan, una vez más, mientras él sujeta la mano de su madre, aterrizado, como quien toma bocanadas bajo el agua con desesperación, ahogándose más y más. Buscando consuelo en el veneno porque es la única medicina que conoce.

Afuera hay insectos, como siempre en el verano. Él odia los insectos, pensar en ellos hace que le pique la piel. Se pregunta si es alérgico a las picaduras mientras se balancea en la cama de la habitación más oscura de la casa del abuelo. Si el que un insecto te pique o te muerda duele. No quiere comprobarlo, y por eso no sale. No hay cremas ni palabras que puedan curar el miedo.

No sale de casa, así que duerme. Duerme y sueña, siempre la misma pesadilla de casa y familia decrepita. Sigue viéndolos incluso cuando despierta, sudando como nunca. Los siente moviéndose por su garganta, en una danza de podredumbre. Larvas de insecto. Gusanos en su garganta, en sus ojos, saliéndole por la nariz y la boca.

Corre al baño y escupe, una y otra vez. Intenta vomitar, pero se lo piensa dos veces, porque detesta la quemazón de la bilis. Así que escupe otra vez, y otra, se lava la cara, las manos, las manos y la cara de nuevo.

Cuando vuelve a la cama, tiene la cara enrojecida y mojada. Le pica la piel, y por debajo. Rascarse no le alivia, así que dejar salir las lágrimas es la siguiente mejor opción. Porque sabe la verdad, la que no quiere admitir. La que no admitiría ni bajo tortura ni a punta de pistola.

Esa casa es una tumba, y él se siente moribundo. Al final, los gusanos son lo de menos.

# Anhelo

Por Eleine Etxarte

«Cuándo tú me miras, ¿qué ves?», me pregunté, escudriñando en sus ojos como si en sus iris fuera a descubrir unas instrucciones, una descripción, algo sobre mí misma, mi manera de sentir, de pensar, de resistir.

Esa magia no se produjo.

Nosotros, tú, yo, diferentes; juntos, pero lejos, muy lejos. Afganistán, Francia, Nueva Zelanda. El traqueteo del tren me devuelve al viaje, al asiento. Los ojos que tengo delante están fijos en el paisaje que corre rápido. Ahora el iris baila al son que marca la velocidad.

Yo me siento cómoda aquí, quiero mantenerme despierta. Me engaño.

«¿Está usted durmiendo?». En este momento soy consciente de que seguramente me he pasado Fugam, mi parada. La angustia se apodera de mí. Comienzo a respirar deprisa. El tren y yo somos uno.

Limitarse a sobrevivir, pienso, y me vuelvo a engañar.

Ahora viene todo eso del cambio de vía y de vuelta a mi parada. Esta es la parte más emocionante del día, la que trae el misterio de las cosas nuevas ¿Qué me voy a encontrar en el transbordo? Quizás esta vez sea algo bueno, quizás este azar al que yo provoqué sin cesar, por una vez, me sorprenda con un encuentro feliz, lleno de posibilidades. Mis ojos como candiles.

Habrà una mirada a la que corresponderé.

Unas palabras corteses, un saludo acompañado de una sonrisa y, ¿por qué no?, el presagio de una cita. Esta vez no estoy dispuesta a cerrarme a nada. No sentiré miedo ni vergüenza si mi rostro se enciende por el anhelo del corazón. El orgullo bien guardado en el bolsillo de mi abrigo. Ahora sé que estoy lista.

«Fugam», suena fuerte la voz del revisor.

En este instante soy consciente de que hoy no me he pasado mi parada. Me invade cierto desencanto. Ahora soy honesta. Mañana intentaré quedarme dormida más tiempo.

Ya es de noche y camino por el andén despacio, mirando dónde piso. Escucho el compás de mis pasos, aquí, junto a mí, cerca.

Las farolas, como iris rebosantes de luz, no miran. La empinada calle, el final del día. Mañana, una promesa, una señal, quizás.

# Sola en el cenote

Por José Luis Rengel

Una calurosa tarde del mes de Junio, Begoña disfruta de un café solo sin azúcar, sentada en una terraza del Campo

de la Iglesia. A sus 53 años, observa a una pareja apoyada en el muro, de espaldas a la ría.

Se besan. Su mente perdida le recuerda aquellos días en

los que aún no se había reformado la zona tras la basílica y el callejón nunca estaba iluminado. Los traviesos recuerdos se van atravesando y

atropellan su descanso, hasta alcanzar el manuscrito que alguien puso en sus manos hace unas semanas. Una de esas tonterías narrada por un novel con pretensiones. Sin embar-

go, sonrío: relataba algo sobre dos amigos de la infancia rompiendo un tarro de azúcar mientras emulaban

a Jessica Lange y Jack Nicholson. Estaba mal escrito. O eso cree recordar. Pero se excitó. Como ahora recordándolo.

Decide dejarse dominar por la memoria indolente. Jorge era un tipo que creyó poder progresar si conseguía follarse tres veces a la jefa. Begoña lo vio venir de lejos. No se lo permitió. ¿Quién dijo que era cierto eso de que no hay dos sin tres? Jorge era un pobre imbécil, un pé-



Foto: Pinterest



simo amante. Y un ególatra. Disfrutó poniéndole en su sitio. Y que los demás lo supieran. No era el único cadáver en su trayectoria profesional. No soportaba las bobadas en la gestión empresarial. Resultados, nada más. Por encima de todo, de cualquiera. Así había sido siempre. Y así será.

Álvaro. No era mal tipo. Sabía qué hacer cuando tocaba tocarla. Retirando la taza de sus labios llega el recuerdo de su primer encuentro. Coincidieron en un viaje a la Rivera Maya. Uno de esos con los que las empresas premiaban a sus empleados a finales de los 90. Aprovechando la penumbra de un cenote, el polvo fue glorioso. Sonríe. De nuevo. Poco a poco percibe el calor agolpándose entre sus caderas. Las incipientes marcas del bikini se convierten en peligrosas autopistas a un infierno sin Virgilio que acompañe a unos dedos dispuestos a moverse con la agitación propia de un nadador de largas distancias. Decide irse.

Mientras camina, telefonea a Xabi. Es un amigo. El único con quien puede charlar sin pensar en el sexo por llegar..... Salvo que traspasen la frontera del cuarto Lagavullin 16 años. Acodada en la barra, disfruta ensimismada el aroma a turba de Islay Island mientras aguarda. Trastea en el bolso y, además de la cartera, saca el billete de avión que acaba de comprar. Lo voltea tras el vaso. Oye a su lado una voz:

—¿Puedo acompañarte? Una sonrisa de hombre seguro de si mismo se asoma por su flanco izquierdo.

—¿Perdón?

—¿A dónde viajas?, insistía, ajeno al desdén en la mirada de Begoña

—A Vientián.

—Siempre he querido ir a Vietnam. El muy lerdo toma asiento junto a ella, ufano.

—A estudiar, a Salamanca. Te hace falta.

Begoña apura el vaso de un sorbo, dejando al cazador con un palmo de narices y la sonrisa helada. Saliendo, surge el recuerdo del simple de su exmarido. Pedro era un soso que se creía inteligente. Hacía juegos de palabras: Casado/Sacado y cosas así. Se vio obligada a dejarle: irritose al verla salir de un hotel colgada del cuello de un fulano cuyo nombre no recuerda, si alguna vez lo supo. Meses después, Pedro todavía

se atrevió a augurar que moriría sola. El muy patán.....

Metió la mano en el bolso y guardo su billete de avión. A Laos.

## Una vista a Rihonor de Castilla/río de Onor de Portugal

Por M.<sup>a</sup> Luz de Francisco

Hoy llueve y la charla les calienta los cuerpos gastados por los años. Recuerdos del pasado son sus conversaciones más habituales, pues desde niños habitan este lugar que tiene dos nombres y un río que no entiende de fronteras, como ellos.

A ellos, cuando pudieron ir a la escuela, les enseñaron en lenguas distintas, castellano o portugués, pero eso no fue problema porque mamáron un habla común.

El río, cantarín en algunos momentos y amenazador en otros, ha sido testigo de sus juegos infantiles, de sus trabajos duros y ahora de su descanso.

Sus aguas pasan y dejan vida y ellos, sentados debajo del balcón que alguno de sus abuelos construyó, hablan de todo y de nada mientras la cayata, como una prolongación de sus cuerpos, sirve para señalar esto y aquello en esos gestos cotidianos. Al anochecer cada uno vuelve a su casa, hasta el día siguiente.

Unos cruzarán el puente de panza de burro, otros pasarán las losas del río y cada cual se quedará en el lado que les corresponde, porque nacieron en un pueblo con dos nombres y una frontera que aquí llaman La Raya, de la que el río hace burla.

Nosotros, visitantes de este lugar tan hermoso, pasamos de un lado al otro como si de un juego infantil se tratara, pero hubo un tiempo en el que estos abuelos fueron testigos y protagonistas de lo que significaba vivir divididos por una cadena atada a dos postes.



[www.nevandoenlaguinea.com](http://www.nevandoenlaguinea.com)